

Río subterráneo

Renacimiento

Claudia Guillén

Las relaciones de los hijos con los padres, dentro y fuera de la ficción, siempre estarán cargadas por ciertos vericuetos y, como sabemos, tanto el complejo de Electra como el de Edipo han sido abordados en muchos relatos de la literatura universal. Se trata de un tema que incumbe a quienes escribimos, porque de él se desprenden diversos conflictos que pueden sustentar historias completas. Por ejemplo, en nuestro país nos viene a la mente esa frase suscrita por muchos: “Todos somos hijos de Pedro Páramo”, lo que, entre otras cosas, podría implicar que más de alguno andamos en la búsqueda de la huella de aquél o aquélla que nos dio la vida.

Hijo de hombre, primera novela del escritor hidalguense Miguel Ángel Hernández Acosta (1978), narra, con una voz bastante eficaz, la historia de Rodrigo Castelares, quien al quedar huérfano de “la vieja” —como él nombra a su madre—, se percata de la terrible soledad en que está sumido. El relato, pues, abre con la muerte de la madre de Rodrigo y, por si fuera poco, al mismo tiempo el protagonista es despedido del trabajo porque se enfrenta a la amante de su jefe, lo que lo deja en la incertidumbre. Su padre, Jacinto, aparece después de muchos años y Rodrigo, quien además padece de un mal estomacal crónico, teme enfrentarlo.

Miguel Ángel Hernández narra esta historia en tercera persona, pero su omnisciencia no es distante; por el contrario, el autor se vale de giros lingüísticos que permiten al lector sentirla cerca, quizás hasta entrañable. Su lenguaje está lleno de imágenes efectivas que logran dotar de un perfil psicológico preciso a los personajes y al protagonista: un hombre tímido, solo y enfermo, que juega con la idea de hacer —o no— una llamada que cambiará su destino: después de muchos años hablará con su pro-

genitor. Rodrigo se entera de que quien lo ha estado buscando no es su padre, sino un amigo de éste, para entregarle su herencia con la única condición de que vaya a Real del Monte a recogerla. En el trayecto, sus males estomacales desaparecen y tiene el tiempo para reflexionar sobre la lealtad que le debe a “la vieja” muerta, pues al aceptar dinero de ese hombre estaría traicionando todo lo que ella le inculcó de niño. No obstante, su situación económica no le deja otra opción que acudir al llamado del ausente.

En esta pequeña población de Hidalgo, Rodrigo se encuentra con Joaquín y Susana, quienes le aseguran que físicamente es idéntico a Jacinto, y que seguramente heredó también su “don”. La confusión se empieza a adueñar de la mente del protagonista: hay situaciones que ponen en duda su relación con “la vieja” y con su propio padre, a quien comienza a conocer con la llegada al pueblo. De esta forma el autor va creando la tensión del relato a través de diversas actitudes y reflexiones de Rodrigo, pues dirige la mirada del lector al carácter atormentado y solitario del protagonista, quien sufre de depresiones. Y esta herencia, que pronto recibirá, se convierte en un nuevo conflicto, una nueva y angustiada interrogante: ¿está traicionando a su madre, o ella lo traicionó a él ocultándole quién era su padre?

Recibe la herencia. Sin ser ésta una gran fortuna, sí hay algunos bienes que le llaman la atención: su padre tenía libros sobre la vida de los santos. Así, se despiertan en el protagonista las primeras dudas que se desarrollarán durante toda la historia. Se plantea una verdad oculta en la historia del desencuentro de los padres de Rodrigo, y todo parece apuntar a que la “vieja” le mintió. Además, Jacinto era un personaje importante en ese pueblo, pues estaba “toca-

do por la mano de Dios” y podía hacer milagros para curar a los enfermos. Conforme avanza el relato, las incógnitas que se develan crean en el lector la necesidad de seguir la historia hasta desentrañar todas. Se presentan diferentes situaciones, por demás insólitas, que logran dotar de veracidad a ese nuevo mundo que Rodrigo está encontrando en Real del Monte, y que, todo parece indicar, le dará respuestas a muchas de sus dudas existenciales.

El cosmos de *Hijo de hombre* está integrado por un pequeño pueblo, donde la iglesia pasa a un segundo término para dar un lugar de honor a la Cátedra, espacio en el que se reúnen los lugareños para rezar y realizar curaciones, y que se vuelve el cimiento del prestigio del padre de Rodrigo, Jacinto Castelares, quien un día llegó de la Ciudad de México para integrar a los habitantes de Real del Monte en una nueva fe que moverá la vida de muchos, empezando por la del padre del protagonista.

Con *Hijo de hombre*, Miguel Ángel Hernández Acosta se muestra como un narrador versátil y eficaz, que echa mano de situaciones y temas que tienen que ver con la fe y la salud, para recrear la vida de un pequeño pueblo que parece haber carecido de todo hasta que aparece en él un hombre que representa la encarnación de Dios en la tierra. ¿Cómo debe proceder el hijo de un ser divino?, parece preguntarse el autor, quien da así un giro original al eterno conflicto de las relaciones filiales. Lo primero, quizás, es reiniciar la existencia desde otra perspectiva, como los demás fieles. De este modo, el renacimiento se explora en estas páginas en distintos niveles. **U**

Miguel Ángel Hernández Acosta, *Hijo de hombre*, Jus, México, 2011, 137 pp.